

SÓLO UN MENDIGO

por Francisco-Manuel Nácher

Nota de prensa.

“Un hombre de unos 60 años, sin documentación alguna y aún no identificado, ha aparecido esta mañana, al parecer muerto de frío, en un portal de la Gran Vía. Llevaba sólo una camisa, un pantalón y unas zapatillas de deporte y se cubría con una gabardina vieja. Su mano derecha estaba en un bolsillo de ésta, asiendo fuertemente un trozo de papel enrollado que contenía 900 pesetas en monedas de a cien, y en el que, a lápiz, había escrito: “Para los sin hogar de Bosnia”.

Aquí termina la noticia. Y aquí debería terminar nuestro comentario. Lo único adecuado sería el silencio. Un silencio lleno de respeto, de admiración, de ganas de llorar, de vergüenza...

Porque, ¿es que hacen falta más datos? ¿Es que resulta necesario conocer su nombre? ¿Es que nos ayudaría en algo saber cómo él, que sabía escribir bien y hay que suponer que tuvo cierta posición, llegó a esa situación, de verse privado de sus prendas de abrigo? ¿Las fue dando a personas más necesitadas? ¿Cómo perdería su casa? ¿Y su familia? ¿Cómo fue capaz de compadecerse, en su precario estado, de los bosnios, hasta el punto de ahorrar, a costa de su vida, para socorrerlos en la medida de sus fuerzas?

Todas las posibilidades están abiertas a nuestra imaginación. Podemos pensar que fue un profesional o un empresario o un comerciante o un funcionario o un obrero cualificado... ¡qué más da!. Podemos suponer que tuvo mala suerte, mala salud, malos amigos o malos parientes o, incluso, malos vecinos. Podemos imaginar que su estatus social y personal se fue degradando. Y podemos casi sentir lo que todo ello fue significando para él: Sus intentos fallidos por recuperar lo perdido, sus fracasos, su caída ininterrumpida... y su resignación final, una vez alcanzado el escalón de mendigo, el ínfimo de la sociedad.

¿Qué pensamientos pasarían por su mente durante los últimos meses (¿o años?) de desgracias y penurias y desengaños y privaciones y vergüenzas y frustraciones y retiradas en silencio? ¿Qué sentiría su corazón desilusionado, desesperado, solitario...?

Tenía la mano derecha en el bolsillo de la vieja gabardina, sujetando y señalando, a la vez, lo que había ahorrado para los pobres de Bosnia. ¡Qué relativo resulta todo a la vista de su cuerpo, empequeñecido por la muerte, pero inmensamente engrandecido por ése su último gesto!

¿Qué proceso mental y espiritual tendría lugar en su alma para que se considerase rico en comparación con las víctimas de la guerra que, seguramente, vio en el televisor de algún bar, adonde habría ido a pedir limosna o a comprar un bocadillo con las pesetillas recién recibidas de alguien que se apiadó de él?

Nada sabemos de su vida ni de sus “verdaderos” procesos íntimos, ni de sus aspiraciones, miedos, carencias, esperanzas o sueños. Pero sabemos que era un buen hombre. O, mejor, un hombre bueno.

Ahora que ya no será posible, nos gustaría haberlo conocido y haberle ayudado y hasta, quizás, haberle facilitado un techo o tendido una mano u ofrecido nuestra amistad. ¡Hay tantas personas menos dignas con las que a diario convivimos! Nosotros mismos, ¿podemos considerarnos mejores que él?

Quizá nos lo cruzamos un día, o muchos días, y quizás nos tendió su mano, y quizás miramos a otro sitio y le negamos una mínima parte de lo que nos sobraba. Quizás nos miró a los ojos y su mirada hurgó unos instantes en el fondo de nuestra alma y aquella conmoción momentánea se nos borró demasiado pronto de la memoria. Quizás le dimos algo alguna vez...

¿Cuánto le costaría ahorrar esas 900 pesetas? ¿Qué pensaba solucionar con ellas? ¿O ha sido sólo un símbolo, un toque de atención y un ejemplo para todos nosotros? Porque su legado no ha sido, ni mucho menos, el de esa exigua cantidad. No. Su legado ha sido de un valor inmenso, mucho más que cualquier fortuna. Porque nos ha hecho reflexionar. Nos ha hecho mirar a nuestro interior. Nos ha hecho volver por un momento a ser humanos. En una palabra: Nos ha hecho mejores.

¿Cómo y cuándo descubriría que todos somos uno; que, lo mismo que el aire que respiramos es uno y es de todos, y el agua que bebemos es una y es de todos, también la vida que creemos propia, es una y es de todos? ¿Cuándo y cómo se daría cuenta de que, si polucionamos nuestro aire con nuestras bombas y nuestros gases, estamos polucionando el aire de todos; y si polucionamos nuestra agua con nuestros detritus, estamos polucionando el agua de todos; y si polucionamos nuestra vida con nuestros egoísmos, estamos polucionando la vida de todos?

¿Experimentaría una conversión momentánea, una iluminación, o una laboriosa y dolorosa reestructuración de su escala de valores, a medida que iba perdiendo los bienes que le habían parecido tan valiosos, tan necesarios, tan imprescindibles... hasta que se quedó sin ninguno?

¿Cómo y cuándo descubriría que una limosna no lo es, en realidad, si con ella no damos una parte de nosotros mismos?

Da miedo la vida. Más que la muerte. ¡Es tan frágil, tan vulnerable, tan inesperada...! Creemos que sólo los poderosos, los célebres, los ricos nos pueden influir y luego, llega un mendigo sin documentación, un hombre desprovisto por completo de valores ajenos a su condición humana, es decir, un hombre, sólo un hombre, sin más, un pobre abandonado a su suerte, encogido de frío en el rincón de un portal y, sin pretenderlo, sin haber buscado con ello la fama ni el dinero ni el poder o, quizás, después de haberlos perdido, con su último gesto nos conmueve a todos, nos señala involuntariamente con su dedo, acusador y comprensivo a la vez, nos vapulea el alma sin intentarlo, nos lo dice todo sin pronunciar palabra, y graba en nuestra memoria un tatuaje que ya nunca se borrará: Un tatuaje hecho con la tinta color rosa del amor, del verdadero amor. Por eso, a pesar de todo, a pesar de su regañina cariñosa y sin palabras, nos ha dejado también un mensaje de esperanza. Porque cuando, sintiéndose morir, metió la mano en su bolsillo y apretó aquel tesoro para que no se perdiese y llegase así a su destino, estamos seguros de que, a pesar de todo, se sintió feliz y sonrió satisfecho.

No nos es posible evitar el imaginarnos el alma de este hombre, para todos insignificante, saliendo, luminosa, de su maltrecho cuerpo y siendo transportada, en volandas, por bandadas de ángeles, hasta lo más alto de los cielos, hasta el mismo trono de Dios.

* * *